

LA BOCA:

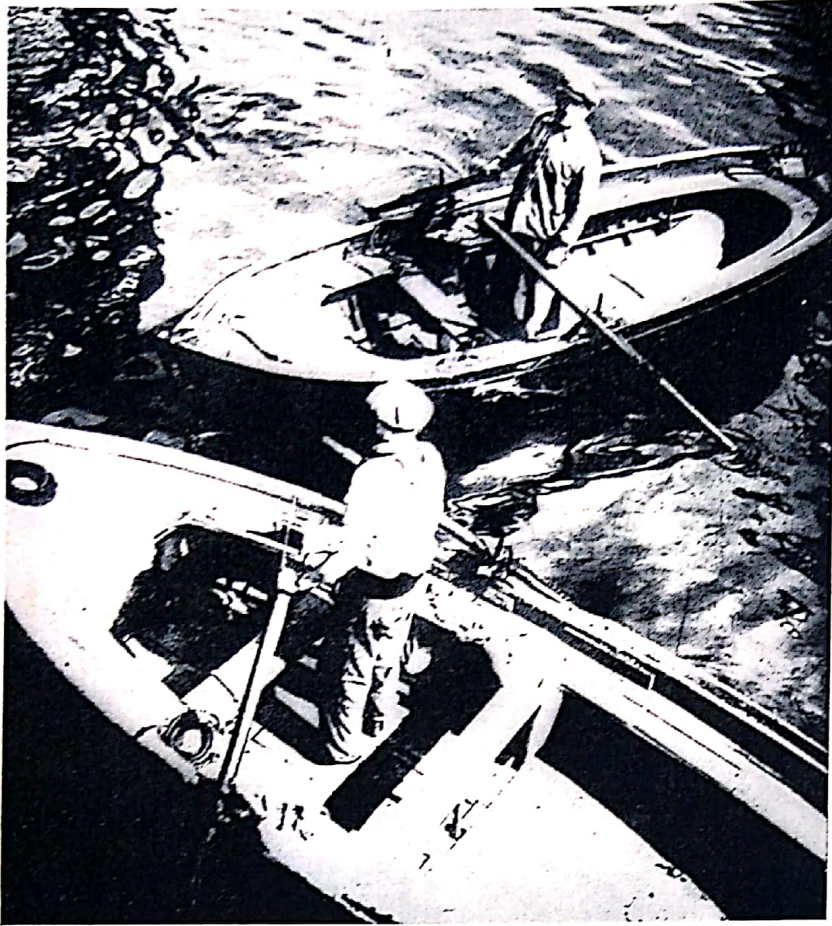
MITOLOGIA Y REALIDAD

por ANTONIO J. BUCICH

Fotos: LYDIA MÁRQUEZ



Miguel Carlos Victorica: El balcón. Colección Benjamín García Victorica.



La historia de los orígenes boquenses se pierde en las estribaciones de la conquista. Pero eso, La Boca de las lejanías, está un tanto en la mitología de Ulrico Schmidel y no ofrece ningún estamento sólido para una definición de alcance étnico.

Lo que nos importa traer a estas páginas es ese otro origen de la esencialidad lugareña. El origen de la vitalidad inexpugnable que ha dejado signos imborrables en el conjunto humano que ahora habita sobre sus riberas. La Boca nació, cabalmente, con la inmigración. Cuando los estadistas hablaron de abrir las puertas de la tierra a los pueblos de allende los mares, pensaron en ese gentío que ofrecía más que el capital de sus dineros, el capital robusto de sus brazos. Alberdi y Sarmiento, principalmente —y antes Esteban Echeverría— miraron hacia la Europa de los países rubios —en el caso de Alberdi— y a otras regiones más cálidas, situadas en el sur del viejo continente. Los hombres que intervinieron en la Organización Nacional y bregaron por la sanción de sus leyes fundamentales fueron —después de Caseros— elaboradores que habían establecido



El Gral. Bartolomé Mitre, visitando La Boca, después de la inundación del 12 de agosto de 1888.



La Sirga en la orilla del Riachuelo de La Boca, grabado de J. D. Dulin.

vinculaciones ideológicas —también— con los forjadores de la Joven Italia. Es decir con los **mazzinianos**. Y es bueno decirlo esto porque en las primeras promociones de la inmigración itálica —que tuvo su porción de matiz político— anduvieron por la zona boquense no pocos de éstos, como lo viene a certificar alguna crónica de "El Ancla", el primer periódico aparecido en las márgenes del Riachuelo, allá por la década del 70.

PRIMERO FUE LA ALDEA, DESPUÉS EL BARRIO

En 1870 el barrio insinuado ha dejado de ser aldea. Merece, ya, el nombre de pueblo. Así se menciona en las escrituraciones del parcelamiento inmobiliario. "El pueblo de la Boca, en la campaña de la provincia de Buenos Aires..." decía entonces. Un historiador —Fernando A. Coni— poco después lo acreditará con tal título en su **Diccionario Geográfico Argentino**, y más tarde, siempre en tiempos que anteceden al novecientos, presentará a la vista factores más perceptibles de su cohesión: una iglesia, un juzgado, una publicación

—ya citada— y el convivir diverso y cosmopolita de su comercio, que servirá de buen sustento a su futuro.

La inmigración en el Río de la Plata incorpora al país elementos distintivos que van creando modos, hábitos, expresiones nuevas en su vivir. La presencia del italiano señala aportes excéntricos en la elaboración de su sociabilidad. Paulatinamente van cobrando rasgos propios los núcleos a los que ellos aportan sus peculiaridades comarcanas. En verdad Italia era en esos años un mosaico de nacionalidades y esa su policromía —que en algún período de la Edad Media presentó caracteres casi anárquicos— se reflejó también en nuestra



Contraluz-Boca, aguafuerte de Julián C. González.

tierra y sobre todo en La Boca. Porque La Boca fue la zona de Buenos Aires que recibió mayores caravanas de esa procedencia. Entre todas ellas la preponderancia del genovés vendría a librarla, más tarde, de un desorden etnográfico que hubiera sido peligroso para su cohesivo desenvolvimiento.

Nosotros venimos de esa distancia y de esa humanidad. Aunque necesario es consignar que en todo esto asimismo se dieron otros rasgos raciales. Más de un autor advierte esta heterogénea coexistencia boquense de lenguas de las más diferentes acentuaciones. Junto al italiano —en toda su diversidad cromática—, al lado del predominio ligur, siempre se advirtió la existencia de sectores constituidos por dálmatas, españoles, griegos, y algunos dispersos grupos de franceses y sajones. Otros tonos más nuestros se daban en el concurso. Correntinos, entrerrianos y aún paraguayos andaban por ahí. Y aún algo un tanto insólito: el negro. El negro ocupó un espacio boquense lindante con las silvestres lozanías del "Tragaleguas", en las últimas dimensiones del *Cammin vegio*, es decir en nuestra actual calle Necochea.

EN LA DISTANCIA HOMÉRICA DE LA LEYENDA

El "Tragaleguas" era una extensión que apartaba más a La Boca del cen-

tro capitalino. Buenos Aires estaba —en la imaginación popular— en la distancia homérica de la leyenda. Entre la calle Conesa —que después se llamó Alegría y desde 1908, Wenceslao Villafañe— hasta las colinas de la quinta de Horne —el Parque Lezama— había una extensión agreste que se tornaba intransitable en otoño e invierno. En 1860 la rusticidad de esa "entrada" al poblado era como un lajo que hería la continuidad urbana. La Boca estaba aparte. Pero ya Tomás J. Hutchinson, un movedizo inglés que se asomaba al contorno riachuelense, describía su viaje —su "aventura", lo llama— a La Boca. Venía en una de esas galeras de antaño —incómodas y de eje alto—, atravesaba un camino que sería llamado por los habitantes del lugar *u cammin nuovo* que empalmaba con la avenida Brown, a la se tenía acceso cruzando un modesto puente —una obra de albañilería, en verdad— al que habían denominado "puente de Rosas". Para trasponerlo había que pagar peaje. Por ahí se alcanzaba el Riachuelo.

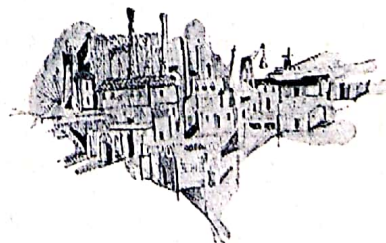
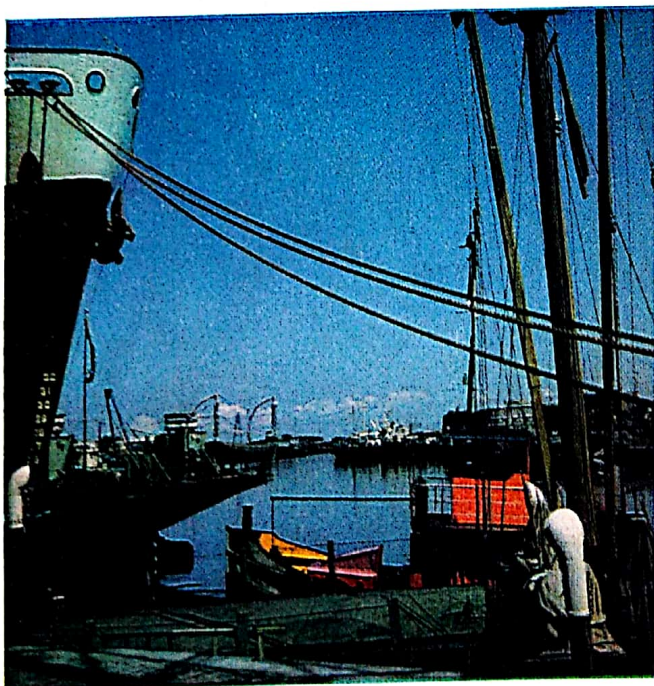
LOS VALORES DISTINTIVOS: EL TRABAJO Y EL ARTE

Los nombres pretéritos que alumbra la "Historia boquense tienen que ver con el trabajo y con el arte. La gente sencilla y hacendosa recogía con efusiones las nobles expansiones

de los artistas que surgían a la vida en medio de un pueblo que estaba gestando su consistencia económica y social. Por ahí había andado —hacia 1830— un saboyano que lograría gran renombre en la ciudad. El ingeniero Carlos Enrique Pellegrini puede ser considerado el descubridor artístico de la ribera del Riachuelo. La llevó a la tela en acuarelas que reflejan las casi-soledades de ese paisaje de visión campestre. El Puerto de los Tachos —o la Vuelta de Rocha, o sus cercanías— está en uno de esos virajes del riacho.

NOMBRES DE ANTAÑO

Entre los nombres de antaño que se proyectan hacia el futuro suelen aparecer los de algunos procedentes de lejanas orillas. En La Boca de mediados del siglo pasado florecía poco menos que instintivamente el anhelo de la expresión estética. Era el afán de conquistar, aún rudimentariamente, la belleza plástica. Eran nombres, casi siempre, de estirpe italiana. Un Francisco Parodi, por ejemplo, escultor nacido en Génova, que modelaba "pulenias" —en dialecto ligur así se nombraba a las figuras que se colocaban en las proas de las embarcaciones— fue uno de los primeros animadores de ese rincón marinerero. Lo seguirían otros poseídos por el mismo espíritu creador. Su hijo Alfieri Parodi, un marinista mallorado por otras ocupaciones menos





Calle de la Boca: Carlos Faingola.

liricas; Américo Bonetti, cuya vocación de escultor lo unió al núcleo encabezado por Eduardo Schiaffino; Francisco Calferata, el primer artista nativo en este suelo ribereño —vino al mundo en 1851— escultor de excelente fama entre sus contemporáneos... Con estos estuvieron Andrés Stoppa, Antonio Mariani, Decoroso Bonifanti, Eduardo de Martino, Alfredo Iazzari... Este último llegaría a La Boca poco después de las convulsiones revolucionarias del 90 y sería el maestro de una juventud ambiciosa, dotada de bríos autodidácticos avasalladores. Algunos de estos discípulos han conquistado lugares sobresalientes en la platura argentina y universal. Nos concretaremos en citar sólo dos. Benito Quinquela Martín —hijo dilecto del barrio, su propulsor, muy dado a las cuantiosas generalidades— el pintor del Riachuelo por autonomía y Fortunato Lacamera, el recogedor del intimismo humilde de las moradas boquenses.

La Boca se fue convirtiendo en taller de plasmación artística. Al aproximarse el centenario de Mayo era ya algo distinto de la urbe en rápido crecimiento. Disponía de una textura muy original en la conjunción metropolitana. Una generación más

compenetrada de sus conexiones con la vigencia de lo nacional, estaba desplazando lentamente las voces natas del dialecto. En esas brigadas expansionistas —de edad juvenil— iban destacándose pintores, escultores, poetas, músicos, periodistas. Se reunían en los bares y cantinas de la ribera.

LA VIA VERTEBRAL: ALMIRANTE BROWN

A lo largo de la avenida Almirante Brown —la vía vertebral del barrio— nacían vocaciones y esperanzas. Salas teatrales como el "Ateneo Iris" —inaugurado en 1881— donde tenía escenario propio la operística italiana— y donde en 1884 fue fundado el primer cuerpo activo de bomberos voluntarios, el de La Boca— y el "Dante Alighieri", en cuya sala en 1886 Estanislao Zeballos ofreció un homenaje al primer diputado nacional que tuvo La Boca —Pepe Fernández— constituían focos de atracción en la comunidad emprendedora. Compañías líricas, poéticas literarias, asambleas políticas —a la salida de una de éstas fue baleada en vísperas del 90 la manifestación que encabezaba el general Bartolomé Mitre—, asaltos de



Típica, pintoresca fachada de una casa de la República de La Boca.

esgrima, funciones teatrales, reuniones sociales, albergaron continuamente ambos locales. Sobre el camino viejo abría sus puertas el Teatro "Sicilia", donde Vito Cantome hacía proezas con sus títeres que encarnaban a personajes bélicos y enamoradizos.

Las sociedades de naturaleza coral y musical proliferaban en La Boca en el siglo pasado y en los primeros lustros de ésta centuria. Ahora —la José Verdi y la Unión de la Boca— son enteras entidades mutualistas. Pero tuvieron su gloria durante el apogeo del carnaval de antes, carnaval resplandeciente de color y de cantos, en el que se disputaban los grandes galardones a pura banda y a pura voz. En una de estas comparsas —la de la Unión— estuvo el autor de **Clavel del aire**, Juan de Dios Filiberto, músico de nombre primordial en la mejor tradición boquense . . .

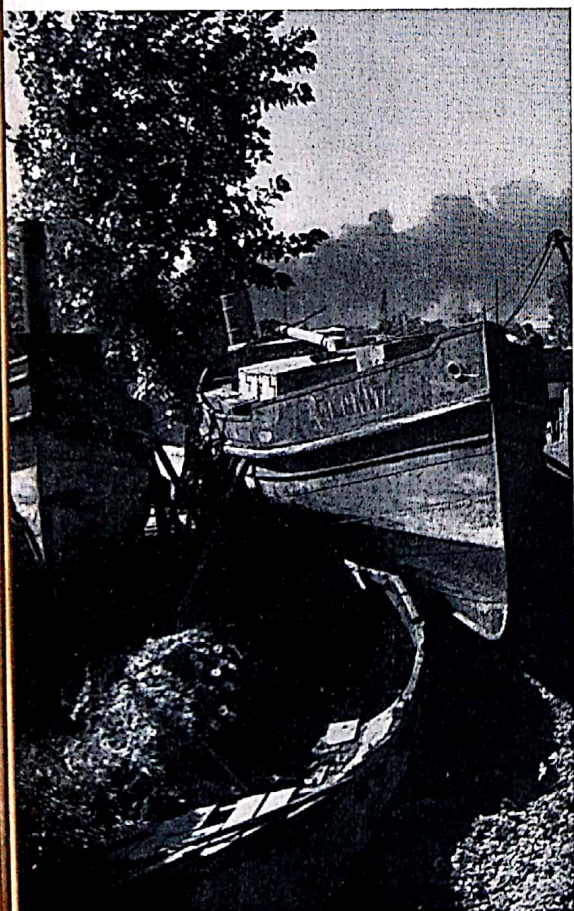
LA REPÚBLICA DE LA BOCA

La República de La Boca es hoy una agrupación respetable de vecinos y de frequentadores del barrio, de tono festivo. Prevalece en ella la atmósfera del buen humor. Pero sus más lejanos orígenes fueron de otra significación. Nació en las márgenes del Riachuelo como una levantisca protesta de corte sindicalista. Los trabajadores de la ribera pedían mayores jornales y la negativa a proporcionarlos engendró una espontánea proclamación de "independencia", hija rebelde del cosmopolitismo del ambiente. Así surgió la República de la Boca en años de la primera presidencia del general Roca y así se izó la bandera itálica en algún edificio del camino nuevo. Hasta que vino el jefe de policía y todo el arrebato se abatió, no sin haberse logrado antes algunas satisfacciones en las condiciones de trabajo y en los magros salarios. Pero la República de La Boca tuvo, después, otros incentivos. El cultivo de la sonrisa y de la carcajada

fue su principal objetivo. Ya en 1906 un periódico satírico local —el "Kikiriki"— informaba sobre los debates que se producían en una imaginaria Cámara de Diputados de una no menos imaginaria República de La Boca. Un año después, un joven boquense —Roberto Hosking— presidía otro organismo con esa denominación que dedicaba su empeñosa atención a la cordial expansión mediante el baile y la suculenta mesa. Sus reuniones se efectuaban principalmente en los recreos de la isla Maciel. Otros hombres enarbolaron en 1923 el pendón republicano en nombre del invencible espíritu regocijante del autonomismo, emancipado de un mundo circundante rutinario y solemne. Y fueron estos —encabezados por su presidente-dictador José Víctor Molina— quienes en un concurso pintoresco y contradictorio de títulos plebeyos y nobiliarios, desde el de Gran Almirante de tierra, mar y aire —que fue el que se le dio a Benito Quinquela Martín, su máximo animador— cubrieron de murmullos y algarabías las calles, las plazas, los ámbitos del riante barrio. Hasta el gran estadio del Club Boca Juniors —fundado en 1905 en la plaza Solís, a la vista de los barcos y entre copudos sauces— fue escenario de algunos de esos grandes espectáculos de intencionado anacronismo episódico. Ahora la República de La Boca reposa un tanto en sus hazañas pasadas.

EL RIACHUELO, FORJADOR DINÁMICO

El barrio es hoy un macizo peñón de la dinámica emprendedora. Sus habitantes se acercan al Riachuelo —donde el tráfico ha disminuido pero





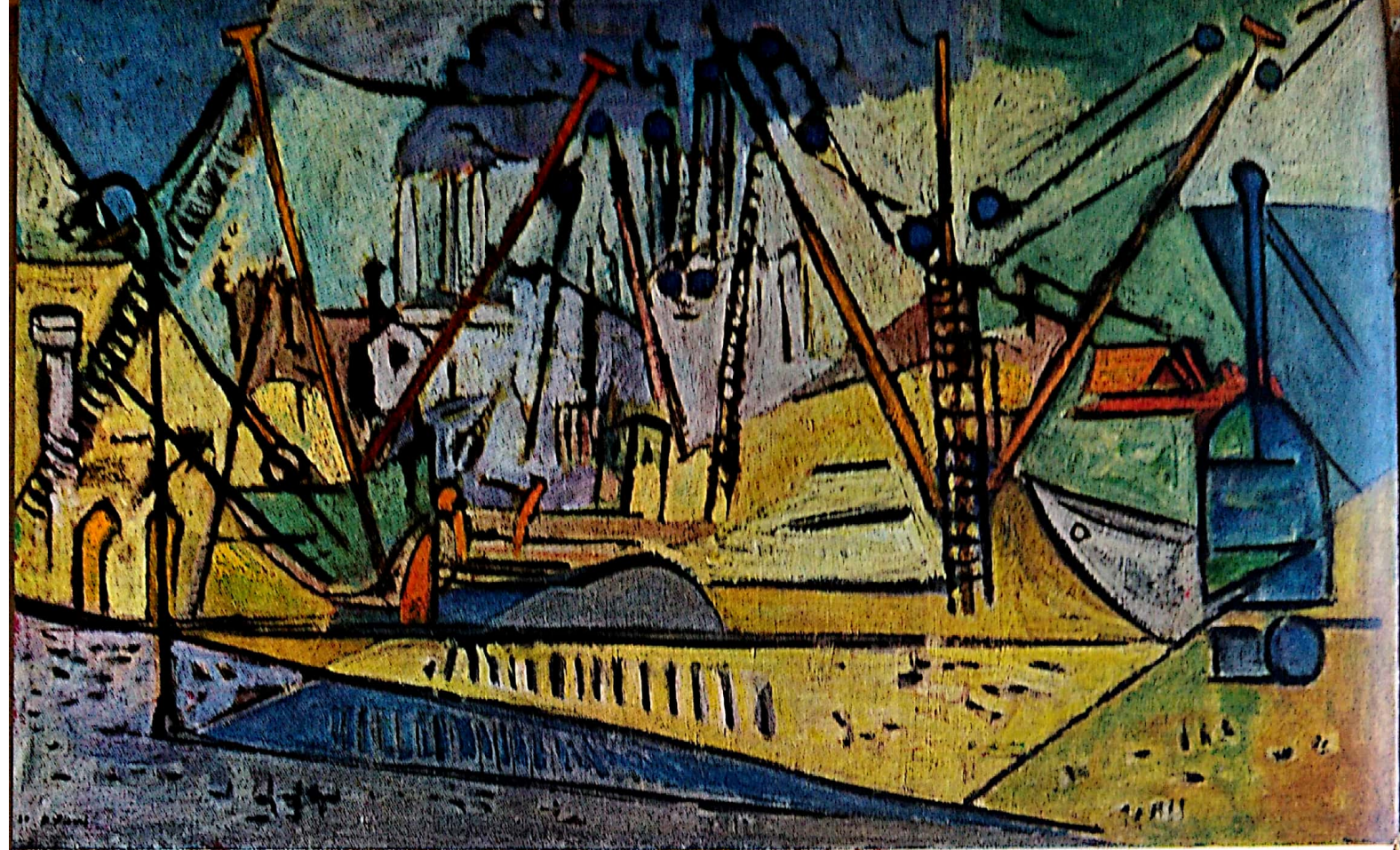
Benito Quinquela Martín en su estudio boquense, ante una de sus más celebradas obras.

no su influjo sobre el ánimo de la población— y comienzan nuevas obras y atienden a nuevas apetencias del espíritu. La Boca no se detiene. Avanza todos los días y se recobra continuamente de los fracasos que puede padecer. El boquense es incansable. Idealiza el futuro con sus proyectos. Y está siempre dispuesto a realizarlos. La emulación todo lo promueve. Es el tesón su virtud más visible.

Quiénes caminen por La Boca un sábado o un domingo —o un fin de semana, si se prefiere— verán el bullicio de las arterias centrales y el resplandor de las luces que desde los locales de sus institutos culturales se vierte sobre sus aceras. Las cantinas de Necochea —muy diferentes, por cierto, de aquellas otras que en Pedro de Mendoza y sus proximidades atraían a altas personalidades de la época —y en verano las mesas callejeras repletas de comensales de un único manjar —la sandía— que cubren la ribera desde Suárez a Brown, ven el desfile de nutridas columnas de visitantes que van en busca del color local. Los restaurantes de categoría tienen resonancia en los sectores turísticos. Los domingos futbolísticos de “la bombonera” —léase Boca

Juniors— llaman a multitudes impresionantes. Los regionalismos trasplantados desde Italia se manifiestan año tras año en las procesiones religiosas de San Cosme y San Damián, la Virgen de Corsignano, San Nicolás Peregrino. Todo el pintoresquismo está ahí y en otras exhibiciones colorísticas, muy arraigadas en viejos tradicionalismos, cuando no son fruto de innovadoras sugerencias.





Riachuelo, de Orlando Pierrri.

EN LA VUELTA DE ROCHA

Es que el Riachuelo las ha inspirado y sobre el Riachuelo se asientan crecen y fortalecen. Así el teatro "Caminito" —que creó Cecilio Madannes en 1957, en la calle curva —era una vía muerta del primitivo ferrocarril a la Ensenada, antes— que va desde Lamadrid a Magallanes, frente a la plazoleta de la Vuelta de Rocha. Ahora es, simultáneamente, Museo de Arte al aire libre. Y muy cerca se levanta,

destacándose sobre un horizonte de barcos y gaviotas, el otro Museo, el Museo de Bellas Artes de la Boca, con todo el acopio de su riqueza incalculable de telas y estatuas, de mascarones y de murales, donde las caravanas se suceden sin interrupción. Este establecimiento, orgullo de los boquenses, de la ciudad —y del país; sí, del país— es la obra de un hombre que desde la atalaya de ese edificio

—situado en la Vuelta de Rocha, en el primitivo Puerto de los Tachos de la maestranza del almirante Brown— otea las lejanías en busca de indicios para emprender nuevas aventuras que le permitan conquistar otros asideros para hacer de La Boca la tierra de los líricos que entonan himnos al ensueño y al amor. Algo así como lo que él suele decir cuando condecora a algún semejante que trastabillea en los espacios movedizos del inconformismo, con la consagratoria Orden de "los locos azules" —así los llama— la famosa "Orden del Tornillo". Porque todo soñador siempre tiene algo de eso... De eso que lo salva de la chatura convencionalista y uniforme.

Calle Garibaldi: José C. Arcidlócono.



La sombra de Miguel Carlos Victorica —que llegó hace más de cuarenta años, a la orilla izquierda del Riachuelo y se quedó hasta el día de su muerte en la casa de Pedro de Mendoza 2087 —donde una placa lo recuerda— y la de Juan de Dios Filiberto, el otro genio de la mitología lugareña, vagan a lo largo de la evocativa nostalgia pedromendocina. Si se entrecierran los párpados se podrá ver, esfumadas, sus dos siluetas, en los atardeceres portuarios, "cuando llora la milonga"...